



## Ezequiel Jiménez Rojas

N—1869 M—1957. Cronológicamente, es el primer gran pintor de Costa Rica. Sin embargo, su obra durante mucho tiempo permaneció desconocida por el pueblo, y no fue sino hasta hace pocos años que el Museo de Arte Costarricense la exhibió con el realce que merecía. Esta situación se debió a que don Ezequiel, que pintó infatigablemente durante toda su vida, no buscó honores ni recompensas para sus lienzos. Como todo auténtico artista, los pintó por necesidad vital, por exigencia de su espíritu sensible. Sólo ocasionalmente y como muestra de colaboración para con los organizadores, participó en exposiciones, en las que obtuvo medallas y premios; pero según su propio decir, “a sus cuadros los quería como hijos, y no gustaba de exponerlos a la crítica ajena”. En realidad fue que no tuvo interés en que le fueran reconocidas sus ex-

celsas condiciones artísticas; le bastó con realizar sus óleos, en cuyas magistrales pinceladas quedaron patentes sus excepcionales condiciones de dibujante, el fiel colorido de nuestro paisaje y, sobre todo, su alma exquisita.

Nació en San José; fue hermano gemelo de don Elías; estudió en el Instituto Nacional. En el transcurso de su vida trabajó primeramente en labores agrícolas, en la hacienda de sus padres. Luego fue contabilista en la Aduana General y en el Ferrocarril Eléctrico al Pacífico. En el departamento químico de la Fábrica Nacional de Licores laboró también por espacio de muchos años. Sirvió al Estado costarricense más de 60 años, con una rectitud, honestidad y responsabilidad insuperables.

Su vocación pictórica se manifestó muy precozmente. Siendo aun un niño en cierta ocasión tomó los pinceles y pintó un perro en el lienzo que trabajaba su hermano mayor don Mariano, y lo hizo con tal maestría que recibió el apoyo de toda la familia para que continuara perfeccionándose en su vocación artística. En la adolescencia, recibió lecciones de Henry Etheridge, un pintor inglés que radicaba en Costa Rica. Y algunos años después fue discípulo de don Tomás Povedano, en la época en que don Rafael Iglesias, entonces presidente de la República, como un aporte sin precedente en el desarrollo artístico del país, concedió permiso a los empleados públicos que lo desearan y que tuvieran aptitudes, para que dispusieran del tiempo necesario para ampliar su cultura pictórica en las aulas de tan distinguido profesor.

Pintor de lejanías y gaviotas, de figuras humanas siempre tratadas con ternura y sensibilidad, de paisajes abatidos por el viento, de árboles solitarios, de riscos y peñas, lo que sorprende de su obra es que haya podido permanecer ignorada del pueblo costarricense, al que se halla profundamente integrada.

*Recopilado por Marta Castegnaró*